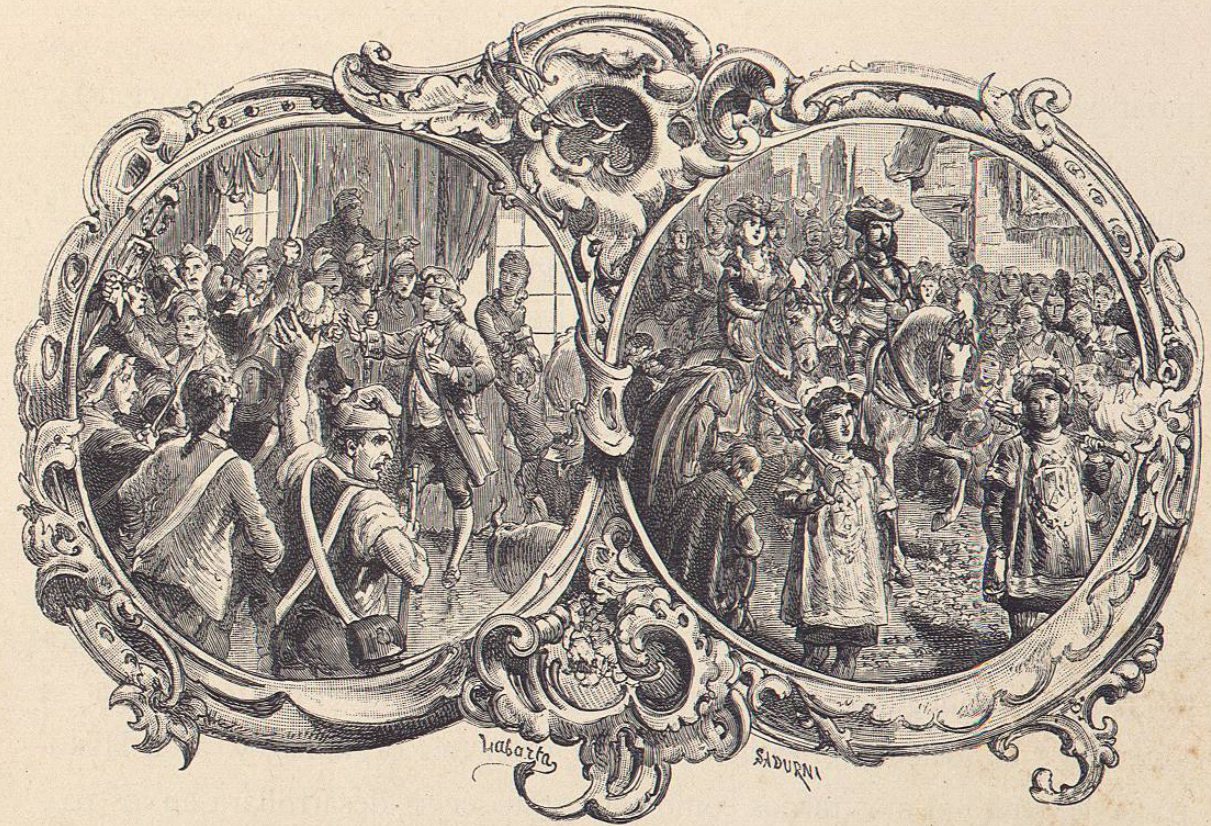


DC 148
c4
v. 1

Biblioteca Central
UANL
FONDO
A. B. PUBLICA DEL ESTADO

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

BARCELONA: ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA, VILLARROEL, 17, (ENSANCHO DE SAN ANTONIO)



PRÓLOGO

I

ENTRE las ciencias agrandadas por el espíritu de nuestro tiempo, ninguna como la Historia. Existen ciencias, las Matemáticas y la Metafísica, por ejemplo, que pueden á una enriquecerse fácilmente con el trascurso de los siglos y con el ejercicio de las fuerzas en los movimientos seculares contenidas, pero que no pueden agrandarse de ningún modo en lo fundamental, por no permitir su naturaleza íntima la extensión y ensanche de los principios, sobre que descansan, y que resultan como el espacio en los conceptos, como la cantidad en lo abstracto, como el ser en lo esencial, absolutos.

Hay otras ciencias que, apareciendo antes como un conjunto de seres y hechos más ó menos sistematizados, aparecen hoy como un conjunto de leyes más ó menos averiguadas. Tal sucede con las ciencias naturales. Para medir cuanto han progresado no hay como com-

parar un libro de Aristóteles ó de Plinio con un libro de Darwin. Hay ciencias deudoras de su desarrollo progresivo á instrumentos como el telescopio, que tanto sirve á la Astronomía y el Microscopio, que tanto sirve á la Medicina. Hay ciencias, las cuales no pueden existir, sino después de ciertos descubrimientos cual á las ciencias, que tienen por objeto la electricidad les sucede hoy, pues antes de Galvani, de Franklin, de Volta, de Moore, de los grandes reveladores ó aplicadores del fluido, sabíase á lo sumo que las barbillas de pluma ó los átomos de papel se pegaban por medio de indefinible atracción al ámbar calentado por sencillas fricciones. Pero la Historia indudablemente hoy toma caracteres de universalidad, como en otro tiempo no tuvo, correspondiendo á conceptos desconocidos, ó no allegados hasta nuestros días. Desde aquel punto, en que se atribuyó á la sociedad el carácter de un gran sér orgánico, y á la Historia se le confió el mostrarnos como este gran sér se desarrollára en los pasados tiempos, no había más remedio sino transformar esta ciencia como el concepto fundamental de sociedad se había también transformado. A los grandes historiadores en lo antiguo bastábales conocer la sociedad bajo su aspecto político y mirar el desarrollo del Estado para desempeñar su ministerio y cumplir su cometido. Pero nosotros sabemos que la sociedad no se reduce al Estado, sino que se dilata por la ciencia, por el arte, por la religión, por todas las manifestaciones del humano espíritu, llevando en sí virtualmente las facultades al género humano esenciales, y motoras ó determinantes de su vida, es decir, de la encarnación de su esencia en el espacio y en el tiempo. Reducíase, allá en las edades antiguas, y en los días mismos del Renacimiento, un trabajo histórico á narrar la política, la economía y la guerra ó el arte militar. Fuera de tales manifestaciones del espíritu no conocía otras. Y sin embargo las ideas han determinado y producido en tal guisa los hechos, que sin conocer aquéllas no podemos conocer estos que con aquellas se corresponden y relacionan. Explicadme la gran lucha de Carlos V con los electores germánicos, de Felipe II con Enrique IV de Francia é Isabel I de Inglaterra, la campaña de Treinta años, el Edicto de Nantes y su revocación, el destronamiento de los Estuardos y sus restauraciones, las guerras religiosas, todos los hechos capitales de las cuatro centurias últimas sin explicarme antes cosas al parecer ajenas á la política y á sus diversos campos de actividad y ejercicio como las rivalidades perdurables entre agus-

tinios y dominicos, determinante de la revolución luterana. Este concepto de que la sociedad compone un todo verdaderamente orgánico; esta serie de las manifestaciones sociales, que comprende la familia con sus sentimientos, el Estado con su política y su economía, la Religión con sus dogmas, el Arte, con sus inspiraciones, la ciencia con sus ideas han dado á la Historia en los últimos tiempos una extensión y una grandeza que supera en mucho á la extensión y á la grandeza tomadas por las demás ciencias con haber crecido todas tanto. Y así hállase obligado el Historiador, no á uno de aquellos trabajos enciclopédicos, los cuales iban amontonando ideas, noticias en una especie de gran acervo común; á un trabajo sintético, el cual dé, y si no da por imposible, busque por aproximación, las leyes de los hechos históricos, y explique cómo estos se relacionan, cual en el organismo los órganos, cual en el sistema los miembros de él componentes, cual en la serie los términos dialécticos, cual en la vida los fenómenos necesarios, cual en el mundo animado las varias entrelazadas especies, cual en la gravedad los orbes.

No basta para conocer la HISTORIA DEL SIGLO XIX conocer la guerra de Napoleon el Grande con la Europa monárquica, del partido liberal con los realistas, del partido wigh con los torys, de los griegos con los turcos, de los turcos con los rusos, de los rusos con los magyares, de los magyares y los italianos con los austriacos y los croatas, de los austriacos y los croatas con los prusianos, de los prusianos con los franceses, no basta, no, con saber las grandes competencias militares y políticas, pues sólo aprenderíamos una serie corta de fenómenos, un lado relativo de la vida, una faseta del espíritu, y no toda la vida y no todo el espíritu y no toda la sociedad. Imposible pasar ante la campaña célebre de Egipto sin comprender como en ella los geroglíficos empezaron á revelar sus ocultas ideas y noticias cual capullos que se abren para dejar paso á las flores, ó cual flores que se deshojan para dejar paso á las frutas. Y al mismo tiempo que ocurre tal hecho, sucedido como para llevar luz á los siglos pasados, desconcertando todos los viejos Compútos, como el telescopio desconcertó los antiguos cálculos astronómicos y dilatando los horizontes históricos hasta hacerlos frisar con la eternidad, otra perspectiva se abre hacia lo porvenir, y un poco de hirviente agua en una caldera llamada de vapor, aparece cambiando por modo bien radical y nuevo todas las antiguas condiciones de la navegación

y de la industria. No puede, no, llamarse historiador del siglo XIX, aquel que olvide ó suprima en sus narraciones cuanto ha subvertido la ciencia de lo pasado el descifre de la escritura geroglífica y cuanto las condiciones actuales de industria y trabajo el invento de máquina como el vapor. Junto á las guerras, y sobre las guerras, empuñanse batallas, como aquella espiritual de clásicos y románticos, en la cual está el humano espíritu tan interesado como en las guerras del Imperio, ó como en la revolución del treinta, porque si las últimas se traban por la independencia del territorio y por la libertad del ciudadano trábanse aquéllas por cosa tan de suyo santa como la emancipación del arte y del artista. Desconocerá el siglo quien desconozca el combate ardoroso entre idealistas y materialistas, entre prerafaelianos y postrafaelianos, entre socialistas é individualistas, entre occidentales y eslavo filos, entre pamislamitas y panslavistas, entre los que profesan la inmutabilidad y los que quieren la mutabilidad de las especies, entre los viejos y los nuevos católicos, entre los geólogos de las catástrofes súbitas y los geólogos de las evoluciones lentas, entre la escuela pesimista y la escuela optimista, entre los partidarios del librecambio y los partidarios de la protección, entre los positivistas en filosofía, los realistas en literatura y sus contrarios ú opuestos; pues en todos estas batallas descubriréis aspectos múltiples del espíritu humano, cuyo estudio resulta indispensable al conocimiento así de su rica interior escena como de su histórico desarrollo. Desconocería el siglo quién sólo conociese á Bonaparte y á Bismarck. No sabría que Alemania brillará más por un sér tan débil y frágil como la Margarita del Fausto que por ser tan fuerte y férreo como el Moltke de Sadowa y de Sedan. El cesarismo, en que ha caído Alemania, se conoce tanto por la política, que le ha pedido á la fuerza el triunfo de la unidad alemana como por la filosofía que, abominando del progreso y maldiciendo de la democracia, se ha empeñado en extender á los piés de la Humanidad esa especie de abismo intelectual, llamado Nirvana; y que atrae con los llamamientos de sus fauces los humanos al suicidio y sacrificio de la libertad.

En filosofía las varias manifestaciones del humano espíritu se diversifican, y al mismo tiempo se ordenan, como sucede con las especies en ciencias naturales. Aquí tenéis la familia y toda la legislación á ella referente; ahí tenéis el arte y las obras artísticas en sus estirpes varias; allí la religión y su sistema de dogmas como la disciplina y su sistema de canones;

allá la ciencia con sus magníficas universidades; más allá el Estado con sus indispensables organismos. Una ciudad moderna os dará, con sólo á vista de pájaro mirarla, idea muy aproximada seguramente á estas determinaciones y clasificaciones de la ciencia. Las casas representan la familia; los talleres y fábricas el trabajo en su aspecto industrial; esos Museos y teatros diseminados por doquier las artes; el templo con sus místicas cúspides y sus áreas torres, la religión; los gimnasios escuelas, academias, universidades, la ciencia; el Palacio, donde residen los Cuerpos Colegisladores, y el Palacio, donde residen reyes y presidentes, el Estado; la máquina preparaba en la estación del ferrocarril, ó la nave alzando el ancla y tendiendo las velas, el comercio; todo ello, la cristalización del espíritu humano en objetos diversos, á cuyo vario y animado conjunto se conoce con el nombre de sociedades humanas. Pues bien á la narración filosófica y crítica de todas las fases tomadas por todas estas manifestaciones del humano espíritu en el período de los últimos cien años, le llamamos HISTORIA DEL SIGLO XIX. Ya sabemos que no se producen las ideas y las cosas con aquella regularidad que las ordena tanto en los sistemas científicos como en las poblaciones modernas. Ya sabemos que, mientras unas veces las obras del arte predominan sobre los productos de la industria, otras veces la política predomina sobre todo. Ya sabemos que hay lustros de grandes artistas como hay lustros de grandes filósofos. Unas veces, la Metafísica, cual desde que nació Kant á la vida científica en el siglo pasado hasta que murió Hegel en este nuestro siglo, lo llena todo; otras veces lo llena todo la economía, cual desde que Cobden y Brighth comenzaron la más activa campaña contra las leyes prohibitivas de Inglaterra hasta que concluyeron por medio de Chevalier y de Bonaparte su pacto comercial con Francia. En ciertos períodos una propensión absorbe todas las otras, como la propensión guerrera en los tiempos ciclópeos del horrible conflicto entre Alemania y Francia. Un hombre levantado como Levater, por ejemplo, en la vida de esta generación, disminuye mucho durante la vida de otra generación subsiguiente. Imposible hacerle comprender á quien escoge por favorita lectura en sus esparcimientos y recreos la *Nana* de Zola el poético, y si queréis, enfático, pero bello lenguaje de la célebre Atala, mostrando su fe católica por medio tan sumamente anti-católico cual un suicidio, allí donde la vida se torna tan intensa y exuberante como en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo. Imposible que comprenda la enferme-